



MORADA ESMERALDA

Carmen Muñoz

MORADA ESMERALDA



Primera edición: diciembre de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Carmen Muñoz

ISBN: 978-84-18544-42-2

ISBN digital: 978-84-18544-43-9

Depósito legal: M-27566-2020

Editorial Adarve

C/Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para Antonio, mi MORADA.
Para Marco, mi ESMERALDA.

CAPÍTULO 1

Nunca había visto a la tía Esperanza tan disgustada, ni siquiera triste. Ella, que era la alegría en persona y la esparcía entre nosotros casi sin darnos cuenta, como el perfume de un ramo de flores en el centro de un salón... Por eso nos quedamos mudos y quietos y dejamos de jugar entre los cafetos que estaban más próximos a la casa, en Morada Esmeralda. Los lamentos salían por la ventana de la cocina donde ella, mi madre y la negra Virtudes hacía horas que preparaban la comida del domingo. Nos acercamos a curiosear. En el porche, Quintiliano y Mamajuana llevaban más de treinta años inmóviles y adormilados, como dos gárgolas de piel y huesos. De vez en cuando, el indio abría los ojos y la abuela aspiraba el humo del perpetuo cigarro que colgaba entre sus labios y lo hacía bailar. Entonces constatábamos que seguían vivos.

La tía estaba sentada en una silla con el codo hincado en la mesa y la frente apoyada en la mano. El pelo, liso y claro, le caía por delante y era difícil verle la cara, pero todos notamos que estaba llorando. De pie, Isabel, mi madre, le pasaba el brazo por los hombros mientras la negra Virtudes daba vueltas y vueltas mirando por todas partes como intentando encontrar algo.

—Te digo que aparecerá —la consolaba mi madre—. ¿Has visto tú que las piedras tengan patas?

Nos miramos sin comprender, ¿todo esto por una piedra? Fue entonces cuando descubrí que hay piedras de inmenso valor, como el rubí que adornaba eternamente la garganta de mi tía. Un poco más tarde, aquel mismo día, descubrí algo más.

Nos sumamos a su búsqueda, con mucho cuidado de no pisarlo y convertirlo en polvo, según nos advirtieron las mujeres. En los fogones, los frijoles saltaban dentro del puchero sin que nadie les hiciera caso y un enorme bizcocho se enfriaba en una bandeja al lado de otra con buñuelos, galletas de chocolate y dulces de coco. Es difícil encontrar algo tan pequeño entre los pies de tanta gente, los muebles y los huecos en las baldosas del piso. Enseguida nos cansamos y salimos fuera a seguir jugando. Quintiliano y Mamajuana continuaban en el mismo lugar y en la misma postura que los habíamos encontrado.

No era para menos el disgusto de la tía. El rubí que había extraviado era el regalo del tío Dimitri por el nacimiento de la hija de ambos, mi prima Luz Divina. Dimitri era la segunda generación que había nacido fuera de Rusia y lo único que había conservado de esos orígenes era aquel nombre con tantas íes, seguido por varios apellidos españoles antes de encontrar el Dimitrov del que se sentía tan orgulloso, una cabellera encendida y salvaje, y el rubí que una zarina regaló a una de sus antepasadas. El tío Dimitri, «Dimi» para los sobrinos, nunca supo muy bien cómo su antecesor llegó a estas tierras huyendo de la Revolución Bolchevique. Tal vez fuera para que yo pudiera tener una prima tan clara, bella y luminosa como un rayo de sol.

*

Morada Esmeralda era una hacienda dedicada al café. A un lado de la casa, separados de ella, un establo guardaba el ganado y las aves de corral, y un pequeño y fecundo huerto daba apretadas hortalizas y frutas. Al otro lado, se encontraba, algo alejado y medio oculto por unos cuantos árboles espesos, un enorme cobertizo hecho de guadua, planta parecida al bambú, que cobijaba las herramientas y utensilios de trabajo a su sombra, los sacos repletos de grano y la camioneta que traía y llevaba cosechas y personas. Más allá, los germinadores, el almacigo y un pequeño taller donde se

guardaba la cera de las palmas. Los chicos no frecuentábamos esos lugares, todos creíamos que en los alrededores se escondía La Vieja Colmillona, una anciana, decían, de pelo enmarañado y pocos dientes que merodeaba por los cafetales y entraba en las cocinas a prepararse un chocolate caliente y coger algunos plátanos. Lo que nos asombraba era lo vieja que debía de ser aquella mujer pues ya la abuela la había visto, milenaria y desdentada, cuando era niña, y de eso hacía unos ochenta años. Por eso solíamos jugar junto a la Fuente de los Cien Caños, al este, que hacía frontera con el minúsculo cafetal de la negra Virtudes. La Fuente de los Cien Caños nacía de un brazo subterráneo de la quebrada que bordeaba al norte el cafetal, casi al pie de la colina, hermana chiquitita y lejana de sus enormes hermanos mayores, los Andes. No es que hubiera estado siempre allí, la encontró la abuela, aunque pudiera decirse también que fue Blas, en eso no nos pusimos nunca de acuerdo. La quebrada quedaba algo lejos de la casa y era muy fatigoso, en aquellos tiempos, recorrer el camino varias veces al día para traer agua. Mamajuana y otras mujeres acarreaban incesantemente cubos chorreantes. Caminaban descalzas, pues el agua huidiza les salpicaba las faldas y mojaba sus zapatillas. La abuela, además, cargaba a sus costillas un saco con su hijo de corta edad, el tío Blas.

Ya por entonces era alegre y andarín, y sus pasitos negros le llevaban siempre al mismo lugar para dejar entre la hierba un chorrito amarillo y caliente. Todas las tardes, con una rara querencia, regaba la misma tierra, después corría torpemente hasta los brazos de su madre y se recostaba en ella. En eso estaba el pequeño Blas, como cada tarde, cuando Mamajuana notó el suelo distinto, más verde y frondoso, con minúsculas flores blancas que se apretaban las unas contra las otras por no salirse del perímetro mojado por el niño. Entornó los ojos y pisó la hierba mullida y espesa. Se quedó unos segundos quieta, la mirada perdida y las aletas de la nariz abiertas, olfateando. Después cogió al chiquillo y volvió a casa. Nadie le hizo caso cuando dijo que había encontrado agua, menos aún su viejo y destemplado marido que le dio la espalda y siguió bebiendo.

Al día siguiente, reunió a las mujeres por su cuenta, las armó de palas y picos y entre todas cavaron el orinal florido de Blas. Tardó poco en salir y convertirse en charca, allí estaba, como ella sabía, el agua. Poco costó levantar un pequeño muro con unas piedras y conducir la corriente entre los troncos huecos de unas guaduas. El líquido cayó desde entonces eterno y lánguido como serpentinatas desde diferentes alturas por las bocas redondas y oscuras. Todo el mundo admiró a la abuela por su habilidad en encontrar agua. Mamajuana «La Zahorí», la llamaron, y pronto se dieron cuenta de que su gracia se extendía a toda clase de cosas. Parecía tener el poder de convocar los objetos perdidos: joyas, documentos, animales o personas. Hacía años que ya no era necesario cargar con cubos y cántaros, desde que llegó a la plantación la primera tubería, mucho antes de que yo hubiera nacido, pero no por ello se quedó la Fuente de los Cien Caños solitaria y triste, al contrario, se convirtió en nuestro lugar favorito de juegos.

Frente a la entrada principal, donde se levantaba el porche que contenía la eterna presencia de la abuela y el indio, seis palmas de cera, tres a cada lado, rascaban el cielo para recordarnos nuestra pequeñez y flanquear el corto sendero que llevaba a la carretera que conducía a la población más cercana. A lo largo de sus altas hechuras los loros hacían sus nidos. Forasteras palmas de cera, naturales de otra tierra, que crecían altas y firmes diseminadas por cuatro colinas por obra y gracia, según decían, de un antiguo fundador de Manizales que para recordar su Quindío natal las había plantado una a una cuando no eran más que tiernos y enjutos troncos. Dormir nunca fue fácil en Morada Esmeralda, tan solo a Mamajuana y Quintiliano parecía no molestarles el continuo griterío de las aves. La carretera se inundaba incesantemente por la lluvia convirtiendo piedras y polvo en barro y la hora que costaba llegar al pueblo andando en dos. Al tío Sócrates, el hermano de mi padre, no le importaba recorrerlo a menudo a pie, aun disponiendo de la camioneta que cargaba el café y rivalizaba en ruido con los loros. Se le veía disfrutar mientras se alejaba para comprar una

docena de clavos y un poco de tabaco. Mucho más lejos, al este, a unas decenas de kilómetros, el lugar más lejano al que habíamos llegado: Manizales, con su hermosa catedral en hormigón armado, levantada por tercera vez.

*

Mientras el rubí seguía perdido y las mujeres afanadas en encontrarlo, nosotros corrimos a la quebrada. Dejamos las zapatillas alineadas en la orilla y metimos los pies en el agua.

Hablar de «nosotros» es casi como hablar de mí misma multiplicada. Éramos cuatro niños: Luz Divina, Benito, Gonzalito Bengoechea, y yo, Isanza, y entre los cuatro sumábamos por entonces poco más de cuarenta años. Los domingos eran para nosotros simplemente el Cielo en la Tierra.—Pobre mamá... ¡Qué disgusto! —se quejaba Luz Divina, mientras chapoteaba en la corriente. Con el sol de frente su piel se hacía transparente, sus cejas desaparecían y su pelo, brillante y metálico, espejeaba. Yo no podía dejar de tocarlo para sentir cómo huían de mis dedos esas hebras amarillas. También sus ojos me fascinaban, tan azules y almendrados. Cuando la miraba, me costaba comprender que aquella criatura fuera hija de la hermana de mi madre, es decir, mi prima.

—No te preocupes, seguro que cuando volvamos ya lo habrán encontrado —la consolaba Benito, el ser más dulce que nunca he conocido. Benito era el mayor, tenía once años, casi doce, uno o dos más que el resto, pero no era por eso solo que los demás lo respetábamos, tenía algo dentro que hacía que nos inclináramos ante él y diéramos por válido todo lo que dijera, es difícil describir la gracia. A pesar de ser el mayor, no era más alto que el resto ni tampoco más fuerte. Su fuerza provenía de dentro, y su belleza también. Por fuera era delgado y desgarbado, con rodillas huesudas y pies grandes. Un vello lanoso comenzaba a recorrerle el labio superior y en su mirada apacible cabía un mundo. Benito era negro, y también era primo mío, hijo del tío Sócrates. En medio de ellos

estaba yo, nacida de la semilla negra de mi padre germinada en el vientre blanco de mi madre, clara y oscura, blanca y negra, ni lo uno ni lo otro y todo a la vez.

—Entonces, ¿el colgante de tu madre es un rubí o una piedra? —preguntaba Gonzalito Bengoechea, que todavía andaba pensativo en lo que había pasado.

—Es un rubí, una piedra preciosa, que es una piedra roja muy antigua venida de Rusia —explicó seriamente Luz Divina. Gonzalito asentía con la cabeza y seguía pensando. Yo tampoco lo tenía muy claro. Siempre había visto a mi tía Esperanza con esa piedra al cuello, como una gota de sangre que brotara en el hueco de las clavículas, y siempre me había parecido bonita, pero tanto como preciosa no.

Seguimos discutiendo sobre piedras y rubíes con los pies a remojo. La corriente se llevaba nuestras palabras y poco a poco la mañana. Benito, que llevaba largo tiempo callado, habló y nosotros le escuchamos.

—Los rubíes son piedras rojas muy valiosas, pero no todas las piedras rojas son rubíes, ni todos los rubíes vienen de Rusia —Gonzalito se perdía entre tanta explicación—. Hay otras piedras preciosas, como los diamantes, que son incoloras y transparentes, y las esmeraldas, que son verdes, y todas valen mucho dinero, tanto como una casa o más, incluso tanto como una gran hacienda.

—¿Y si son feas, las piedras? —seguía indagando Gonzalito—, ¿ya no son preciosas? —eso mismo quería saber yo, pero sin demostrar mi ignorancia, así que estuve atenta a las palabras de mi primo Benito.

—Hombre, algunas son feas antes de pulirlas, pero después brillan maravillosamente.

—Y se convierten en preciosas —pareció entender por fin Gonzalito. Benito le dedicó una mirada paciente al pequeño grandullón y terminó.

—Son preciosas porque son escasas y difíciles de encontrar. Se necesitan millones de años para que se formen en las profun-

didades de la Tierra. Por eso valen tanto dinero y solo los ricos las pueden comprar.

—Sí, las zarinas y poca gente más —redondeó Luz Divina.

—¿Qué es una zarina?

Al escuchar la pregunta de Gonzalito, nos pusimos de pie de un salto: ya habíamos tenido suficiente instrucción y no queríamos discurrir más. Nos calzamos y yo grité:

—¡El último, tonto! —echando a correr hacia Morada Esmeralda. A pesar de haber sido el último en salir corriendo, ganó Gonzalito, que ya nos esperaba de pie, quieto bajo el porche, donde Mamajuana y Quintiliano seguían momificados. Nadie pensaba, al contemplarlos, que una vez el indio reseco y encorvado fue una vez un hombre recio y fuerte como una estatua de bronce, y que la abuela que se desparramaba por todos los lados de la silla fue una diosa oscura y magnética, alta y esbelta como una guadua joven.

Todo continuaba igual: las mujeres, en la cocina; los frijoles, en el puchero; y la joya sin aparecer, aunque la tía había dejado de lamentarse y ayudaba a las otras. Los ojos le huían en todas direcciones barriendo el espacio con sus ojos verdosos que el llanto hacía más verdes. De vez en cuando se acercaba al bizcocho que había preparado, enorme y esponjoso, que acompañaría el café de la sobremesa, nuestro café, y se consolaba aspirando su dulzura. Ese rubí era muy importante para ella. Conocía su valor, pero eso no era nada comparado con su significado: el nacimiento de su hija, Luz Divina, después de varios años de intentos malogrados y perder toda esperanza, excepto la de su nombre. El tío Dimi, alegre y aureolado, entraba y salía de la cocina consolándola cada vez y llevándose de paso algo a la boca.

Ya solo faltaba nuestro querido, tonto y negro tío Blas. A pesar de sus casi setenta años era ágil y rápido como un muchacho. Eso es lo que era en realidad, un muchacho de arrugas negras, cabeza blanca, sonrisa blanca y alma también blanca, por lo pura. Hasta hacía pocos años seguía subiendo a las palmas de cera para rascar su corteza. Si ahora no lo hacía era por nuestra preocupación por

sus huesos y la prohibición expresa de mi padre y mi tío, sus hermanos de madre.

Tres eran las cosas que más le gustaban a Blas: escarbar la tierra con las manos, plantar todas las semillas que encontraba y fabricar pelotas con las que jugábamos todos. Recogía trozos de cuero que encontraba un poco por todas partes y los cosía a mano unos con otros dándoles forma esférica. Después, introducía un globo de goma, lo hinchaba y lo ataba, acoplándolo al hueco que formaba el cuero. Cosía la última costura, que quedaba por fuera, dura e hiriente, por lo que siempre se ponía un pañuelo doblado en la frente para rematar de cabeza sin cortarse si golpeaba sobre el cosido. Cuando veíamos al tío Blas con el pañuelo tapando sus cejas, sabíamos que quería pelotear con nosotros si se acompañaba de una gran sonrisa. Algunas veces, lo encontrábamos sentado en las escaleras del porche, la frente cubierta y el gesto serio. En broma, decíamos que estaba pensando y se sujetaba las ideas para que no se le escaparan, aunque casi nunca lo conseguía.

—¿Dónde está Blas? —preguntó mi madre. Nadie lo sabía y, con algo de premura, nos dijo—: Muchachos, id a buscarlo, no puede estar muy lejos —como ya teníamos hambre y estábamos cansados, protestamos un poquito, lo justo para que la inmensa mole de Platón, mi padre, se cerniera sobre nosotros. Afortunadamente, enseguida le encontramos, de rodillas, inclinado sobre una maceta, plantando unos granos de café, en medio del cafetal.

Era una escena siempre repetida, todos ocupando domingo tras domingo los mismos puestos alrededor de la mesa: Mamajuana y Quintiliano en los dos extremos, como convidados de piedra; en un lado Luz Divina, Benito, Gonzalito, Virtudes y yo; en el otro, la tía Esperanza y el tío Dimi, mis padres, Platón e Isabel, el tío Sócrates y Blas. Cuando hacía buen tiempo, comíamos fuera, mezclando nuestras voces con las de los loros que nos miraban desde las alturas. Comer y contar historias, escuchar a los mayores hablar llenos de vivencias y recuerdos, mientras nosotros comíamos y callábamos, repletos tan solo de arroz criollo, frijoles y futuro. Así

eran los domingos en Morada Esmeralda, aunque aquel domingo en particular también los más pequeños recordábamos lo que había sucedido hacía solamente un año: el terremoto de Manizales.

*

Vivíamos en una tierra hermosa y fértil como ninguna, siempre joven a fuerza de ser reconstruida constantemente. Nuestros pies estaban acostumbrados a sentir de vez en cuando la vibración de sus entrañas, cuando las piezas desencajadas en las profundidades se acomodaban violentamente buscando un nuevo equilibrio. A veces era un simple ronroneo de inmenso gato, otras, el rugido del tigre que promete miedo y muerte.

Nos enteramos por la radio, que no dejaba de pregonar la noticia, aquel treinta de julio de mil novecientos sesenta y dos: la violenta sacudida no había causado daños personales, pero había hecho caer una de las torres de la catedral. Otra vez la soberbia de los hombres era castigada. El templo había sido construido en hormigón armado, como si ese duro material pudiera detener la destrucción de la naturaleza enfurecida. Llevaban en pie poco más de veinte años, y ya una de ellas yacía hecha pedazos en el suelo.

En los días siguientes se organizó la expedición: iríamos a Manizales para ser notarios del desastre. Fue el primer viaje de mi corta vida.

Morada Esmeralda quedó completamente deshabitada a excepción de los loros que montaban guardia sobrevolando la plantación y la visita esporádica de La Vieja Colmillona, de la que la negra Virtudes hablaba siempre pero nosotros no habíamos visto nunca, tan etérea y escurridiza debía ser la anciana señora. Ni siquiera la abuela y el indio quisieron perderse el sorprendente acontecimiento y fueron los primeros en ser acomodados en la camioneta. En aquella ocasión, condujo Platón, mi padre, acompañado en el asiento de al lado por su hermano Sócrates. Detrás, el resto de la comitiva sobre mantas en el suelo, salvo Mamajuana

y Quintiliano, que viajaban sentados en dos sillones bien sujetos a las barras laterales del vehículo. Los chicos no parábamos quietos un segundo. Los baches del camino y la curiosidad levantaban nuestros pequeños cuerpos. Isabel, mi madre, nos reñía de vez en cuando con pocas ganas y menos éxito. A nuestro lado el tío Blas, que no quería saber nada de sillones ni del indio, jugaba con una pelota entre las manos.

En cuanto llegamos a la casa de los Bengoechea, paró la camioneta. La negra Virtudes y Gonzalito, su hijo, se acomodaron entre nosotros. Nuestro amigo estaba sombrío, preocupado, parecía no tener muchas ganas de viaje. Blas le tiró la pelota, pero no consiguió hacerle sonreír.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Benito. Gonzalito contestó con otra pregunta:

—¿Y si se cae?

—¿El qué?

—La otra torre, cuando estemos debajo —la verdad es que no habíamos pensado en ello. Por un momento, mi primo y yo imaginamos la escena y nos quedamos callados, sumados a la preocupación del otro.

Las primeras casas del pueblo salieron a nuestro encuentro, tapando las verdes y onduladas colinas. Dejamos atrás la escuela cerrada, libre de bicicletas apoyadas en la verja. Yo pensé, con alivio, que aún quedaba tiempo libre por delante, y miré hacia otro lado sin hacer caso de sus paredes blancas. Muchos eran los días en que mi padre o mi tío nos llevaban a mi primo y a mí al colegio en la camioneta, siempre que llovía o amenazaba, recogiendo de paso a Gonzalito, que nos esperaba somnoliento de la mano de su madre, con la bolsa del almuerzo colgando de un hombro y la de los cuadernos en el otro. Los dos chicos eran muy amigos; tan amigos, que compartían los mismos gestos, como la forma de rasarse la cabeza y echar el peso del cuerpo sobre la pierna izquierda, apoyando la mano en la cadera, exactamente igual que Sócrates. Siempre creí que era por la cantidad de tiempo que pasaban juntos.

Aparte de esas y otras similitudes, eran muy diferentes. Mi primo Benito era un ángel dulce que vivía en las profundidades de sí mismo. Gonzalito, en cambio, era tumultuoso y espontáneo, como Virtudes, su madre, todo naturaleza y acción. Cuando el tiempo lo permitía, las más de las veces, recorriamos el camino hasta la escuela en nuestras bicis, adelantando a Gonzalito, que iba a pie y nos miraba pasar con cierta envidia. Era casi dos años más joven que nosotros, pero era tan grande que no teníamos fuerzas para subirlo a la barra. Por la tarde, era de los primeros en salir al acabar las clases. Sin pensarlo dos veces cogía la bicicleta de Benito y se alejaba sin pena. No nos quedaba más remedio que volver en la mía, alternándonos para pedalear. Encontrábamos la bici en la puerta de su casa y a Gonzalito sonriéndonos por entre los visillos de la ventana. Mi primo recogía su transporte y terminábamos nuestro camino hasta Morada Esmeralda. El tío Sócrates dio con la solución: le compró una bicicleta por su cumpleaños.

La tía Esperanza, el tío Dimitri y Luz Divina vivían en una de las casas más bonitas del pueblo. Tenía tres plantas y un jardín en la parte de atrás que cambiaba de colores con las estaciones y que mi prima iluminaba con su dorada presencia. Por delante, los dos grandes ventanales del primer piso se abrían como grandes ojos que parecían darle vida a la construcción y en la planta baja estaba el despacho de abogado del tío Dimi, que además era el alcalde del pueblo. Al oír el claxon salieron sus habitantes y se acomodaron entre nosotros. La camioneta no paró hasta ser engullida por la ciudad asustada por el último terremoto.

*

La conversación flotaba sobre los numerosos platos vacíos esparcidos por toda la mesa: las cazuelas con los restos de frijoles y arroz, las fuentes con patacones y arepas, las carnes y las ensaladas que perdían su frescura por el aliño y el calor. Los loros se sumaban de vez en cuando a las palabras con sus sonidos estridentes.

Isabel, mi madre, comentó con gesto enfurruñado dirigiéndose a mi padre:

—Así que decías que me querrías mientras esas torres nuevas estuvieran en pie —Platón sonrió... Todos conocíamos la vieja historia del viaje de recién casados a Manizales y las palabras de amor que tan orgullosamente guardaba mi madre.

—Eso dije —calló un momento, y luego continuó—. Pero tranquilízate, mujer, que todavía sigue una en pie.

Todos reímos. Incluso el indio parecía divertido, y la abuela agitaba la montaña de humanidad que escondían sus ropas coloradas. La tía Esperanza olvidaba por unos minutos la pérdida de su rubí. Blas también disfrutaba, daba igual lo que se dijera, contagiado de la alegría de los demás. Nosotros, los chicos, recordamos la emoción de correr entre los cascotes, el temor de que un trozo de pared suelta nos cayera encima y el enfado de la negra Virtudes cuando Gonzalito se hirió en la rodilla al saltar desde unos altos escombros.

—Todavía tengo la marca —dijo, y los tres restantes nos asomamos a la negra piel de su pierna para buscar el trofeo. El tío Dimi agitó su espesa cabellera felina y con aire socarrón tomó la palabra:

—Pronto tendremos una nueva catedral, aquí, en Morada Esmeralda —le miramos intentando comprender sus palabras.

—Sí, en cuanto broten los gujarros que plantó Blas en una maceta —de nuevo reímos. Los loros alborotaban arriba, pero en esos momentos la fiesta estaba abajo.

Luego, como suele decirse, pasó un ángel, y nos quedamos callados. El calor amainaba, y un vientecillo empujaba hacia nosotros unas nubes grises. De nuevo, Quintiliano y Mamajuana adoptaron su pose de esfinge, como si miraran lejos, como si aquel viaje a Manizales hubiera sido un viaje en el tiempo y más que ver la torre rota hubieran contemplado la soledad de la que seguía en pie. Algo se le escapaba al hombre, hecho añicos, incompleto, olvidado, desde ese día lejano en que lo encontraron casi muerto, quebrado por

varios sitios y un reguero de sangre recorriéndole la ceja, al pie de una palma de cera. La abuela encendió un cigarro y se recreó en sus caracolas de humo. Sus recuerdos iban mucho más atrás. Ella recordaba otra catedral, la anterior, bellísima, de madera, que ardió como ese puro que llevaba en la boca, y una conversación frente a sus muros vegetales.

El café, amargo y espeso, pedía la presencia de un contrapunto claro y esponjoso. Estábamos llenos, con la pereza que otorga las buenas comidas y los recuerdos, sin embargo, nada mejor que sellar esos momentos con algo de dulzor. Mamajuana había estado mirándome largamente entre los velos que ahumaban su cara oscura y ancestral. Entornaba lo que quedaba de sus grandes ojos rasgados y los clavaba en mí, pensativa:

—Isanza —me llamó, entre la marea de voces que se cruzaban por encima de la mesa. Fue ella la que comenzó a llamarme así, Isanza, exprimiendo mi nombre hasta sacarle la esencia. De haber sido por ella me hubiera llamado Carmen, devota como era de la Virgen del Mar, pero mi madre ya tenía elegido el suyo para mí: Isabel Esperanza, fundiendo en uno su nombre y el de su hermana. Para contentar a mi abuela añadió una coletilla, y así, al final, me pusieron Isabel Esperanza del Carmen, demasiado largo para una mulatita nacida en un cafetal sobre verdes colinas. Yo me siento Isanza, y digo Isanza desde que aprendí a hablar—. Ve a la cocina y tráeme algo de postre, lo que quieras —me levanté y obedecí. Encima de la mesa, esperaban olvidadas las fuentes repletas de repostería. Hice dos viajes: uno con el enorme bizcocho que había cortado con cuidado en trozos cuadrados, y el otro con los buñuelos, galletas y dulces de coco. Aunque saciados, unos y otros estiraron las manos, menos la tía Esperanza, que se reclinaba en su silla con las manos cruzadas sobre el regazo. Mi abuela la miró:

—¿No comes nada, hija?

—No me apetece, Mamajuana.

—Pues algo tienes que probar, para que te cambie la cara, que la tienes muy seria. Isanza, dale algo a tu tía, lo que tú quieras

—eché una ojeada y elegí un pedazo de bizcocho especialmente dorado, tan blandito que se hundía entre mis dedos. Haciendo un esfuerzo Esperanza lo cogió y se lo acercó a los labios. Desfrunció el ceño y pareció disfrutar del suave sabor a vainilla hasta que algo chocó entre sus dientes y se llevó la mano a la boca.

—¡Ay, mi muela! —la miramos sorprendidos, sobre todo yo, que veía imposible hacerse daño con algo tan delicado. Escupió algo en la mano y miró sin dar crédito a lo que veía. Allí estaba el rubí, indemne y encarnado como una gota de sangre petrificada. Tenía razón Mamajuana al decir que le cambiaría la cara. ¡Y de qué modo! Mi tía sonreía aliviada, cerrando el puño sobre la piedra, que había resbalado de su cuello hasta la masa antes de ser horneada, desapareciendo en su interior. La fina cadena de oro con el cierre flojo de la que pendía nunca apareció... Daba igual. Luz Divina, su rubia hija, estaba encantada con ver de nuevo el rubí de la zarina.

Mi abuela sonreía satisfecha, y me contemplaba como si estuviera orgullosa de mí, como si aquello hubiera sido un examen y yo lo hubiera pasado. Fue casualidad que, entre tantos dulces, escogiera el pedazo exacto, el cofre del tesoro. Eso pensaba yo, pero para Mamajuana fue la prueba definitiva de que yo también tenía su don. Al igual que ella, yo era «zahorío».

Casi todos los recuerdos de ese día, a muchas décadas de distancia, se concentran en esos momentos. Luego la tarde se deslizó sobre nosotros con templada suavidad. Benito, Luz Divina, Gonzalito y yo jugamos entre los cafetos, al pie de la Fuente de los Cien Caños, en los escalones del porche, molestando a la abuela y al viejo indio que de nuevo esperaban las primeras estrellas, inmóviles, para no asustarlas. Gonzalito estaba pensativo y jugaba distraído, rumiando algo entre los dientes y el pensamiento. A la hora de irse, preguntó lo que había estado rondándole toda la jornada.

—Entonces, sin son verdes, ¿por qué se llama Morada Esmeralda?